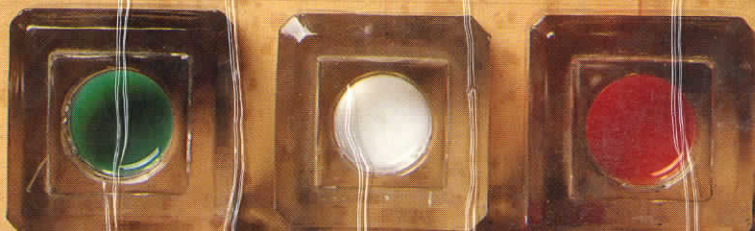
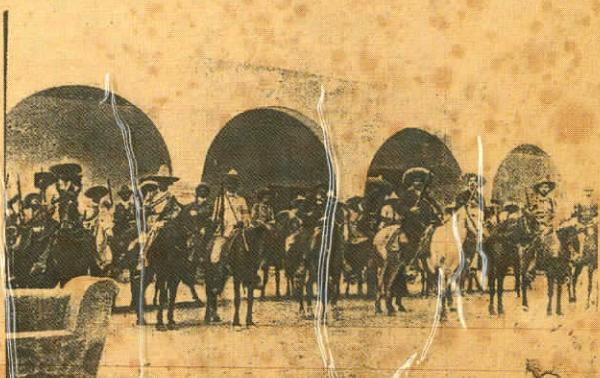




Historiadores de México en el siglo XX

**Enrique Florescano
y Ricardo Pérez Montfort**
(compiladores)



HISTORIADORES DE MÉXICO EN EL SIGLO XX

ENRIQUE FLORESCANO
Y RICARDO PÉREZ MONTFORT
(*compiladores*)



CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO

SILVIO ZAVALA

Conversación autobiográfica con Jean Meyer

I. YUCATÁN

NACÍ en Mérida en 1909 y pasé mis primeros 20 años de vida y educación en Yucatán, de suerte que no fue nada más nacer, sino salir a la vida allí; y quiero mucho a esa tierra. Yucatán tiene sus fundamentos de civilización maya muy valiosos. Han atraído a espíritus grandes; equipos enteros de trabajo como, en mi época, el de la Carnegie Institution de Washington, con geólogos, botánicos, etnólogos, lingüistas, historiadores, hombres de visión social como Robert Redfield, etc. El paso de esa escuela norteamericana por la historia de Yucatán fue muy fecundo en aquella época. Estando en Washington, en 1940, vi los armarios llenos de documentos que habían copiado en Sevilla France V. Scholes, la señorita Eleanor B. Adams, Robert S. Chamberlain y Ralph Roys (este último era muy buen historiador, impregnado de etnología). Cuando vi ese dispositivo me dije —yo era entonces un hombre joven que apenas estaba empezando sus estudios—: “¿Qué voy a poder hacer frente a todo este equipo tan grande que va a trabajar la historia de Yucatán?” Propiamente me excluí de la historia de mi estado al contemplar ese espectáculo. Ellos hicieron mucho, pero luego vino el año terrible de 1941, cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor y pasó a dirigir la Fundación Carnegie un gran matemático interesado en la bomba atómica. Para él, ir a estudiar la vieja civilización maya en esos momentos resultaba superfluo... Dispersó el equipo y terminó con todo; algunos tuvieron que irse, por ejemplo, a Nuevo México. Chamberlain entró en el Departamento de Estado. En fin, sólo quedó lo que ya se había hecho en el terreno y en las publicaciones, así como los fondos documentales inmensos que se han seguido trabajando poco a poco en la Biblioteca del Congreso de Washington y en las de las universidades de Nuevo México y de Tulane en Nueva Orleans.

Los yucatecos fuimos estimulados por la enorme fuerza que la Carnegie había traído; ahí tiene usted a Jorge Ignacio Rubio Mañé. Fue ese gran yucateco, no yo, quien en el terreno de la historia hizo la penetración y el enlace entre lo local y los sabios que habían venido a estudiar a Yucatán desde fuera. Pasó varios años fecundos en contacto con los estudiosos, los archivos y las bibliotecas de España. Dejó obras magníficas acerca del pasado yucateco. Después se vino a México, fue director del Archivo General de la

Nación y elaboró sus tomos notables sobre los virreyes de Nueva España. De suerte que no sólo contribuyó fundamentalmente al cultivo de la historia peninsular, ya con documentos, ya con un criterio muy probo en sus trabajos, sino que también aportó mucho a la historia general de México.

Yo he dicho varias veces que nacer en Yucatán predispone al estudio: unos se van a la arqueología, otros a la etnología o a la lingüística, como Alfredo Barrera Vázquez, que dejó un magnífico legado...

No siempre se ve con claridad, en el Nuevo Mundo, que tenemos un horizonte histórico relativamente más corto que el del Viejo Mundo. Y es que yo veía, por ejemplo, en Inglaterra, que se lleva al niño a ver las murallas romanas que están a un paso de su pueblo. Se le enseña muy pronto el pasado tan largo de los viejos países europeos, se le familiariza con las lenguas antiguas y modernas. Yo creo que allí naturalmente nace la vocación histórica. Alguien quiere saber de esto, de aquello o de más allá, o hace un viaje a Grecia o a Roma y se interesa por el pasado clásico; en fin. En México tenemos la fortuna de contar con civilizaciones indígenas antiguas e importantes, y eso, en mi caso por ejemplo, es una realidad. Yo nací en la tierra de los mayas. Si gente de todo el mundo viene a ver y admirar sus obras, ¿por qué un nativo del lugar no va a sentir el mismo interés? Sin embargo, no ha sido el pasado maya el objeto de mi trabajo. En mi caso sólo ha sido un estímulo que despierta la vocación. Yo nací en tierra que tiene catedral, arcos y murallas, conventos, calles en cuadrícula, viejos cascos de haciendas, convivencia de gentes y lenguas distintas, elementos heredados de la colonización hispana que poco a poco me hicieron sentir esa atracción del pasado que para usted puede ser tan clara.

Pero yo salí de Yucatán a los 20 años, y eso era nada más como un trasfondo de interés. Tenía la idea de que el pasado existe, de que conviene conocerlo, y que hasta da gusto saber de él; creo que eso es lo que a mí me dejó Yucatán; pero no salí de la península como historiador.

Tuve un profesor, en la Escuela de Derecho de Mérida, que sembró en mí la primera semilla de interés por lo francés —estaba yo estudiando ese idioma—, y fomentó esa inclinación. Se llamaba Santiago Burgos Brito y era un enamorado de la literatura francesa. Con él conseguí los primeros libros franceses de mi vida, cuando todavía era muy joven; no sabía que ese contacto iba a tener grandes consecuencias en mi vida, pues sembró en mí el interés por aquella cultura, el conocimiento del idioma...; eso lo traje desde mi provincia.

En mi casa había algunos libros de mi padre, pero él no se dedicaba a estas cosas; trabajaba en la industria y el comercio, y luego en la Compañía Naviera del Golfo...; tenía curiosidad, por lo que compraba las obras relativas a la vida peninsular y las de orden general que sus amigos libreros comentaban. La biblioteca de Burgos Brito sí fue importante en mi formación;

ahora está en la Biblioteca Pública del Estado. Por cierto, cuando se recogen bibliotecas particulares valiosas —yo tengo toda una sección de humanismo europeo que no creo figure en muchas bibliotecas de México, y reúno otras especialidades—, cuando fallece la persona, se dispersan los libros o se incorporan a una gran biblioteca, en donde los bibliotecarios mandan cada libro por donde sea, pero de este modo se ha perdido mucho. Bueno, ¿qué leía Burgos Brito, qué significaba su colección, qué efectos tuvo en la vida de su lugar? Éstos son valores que hay que conocer, por eso yo pienso que bibliotecas como la de El Colegio de México o la de El Colegio Nacional deben, hasta donde sea posible, respetar las agrupaciones de origen; esto no les gusta a los bibliotecarios, piensan que sus métodos exigen la completa dispersión, pero hay este otro punto de vista de que uno vive con sus libros, los hace suyos según los trabajos intelectuales que emprende. Por eso la biblioteca del estudioso es muy significativa, refleja la figura intelectual de las personas.

II. LOS INICIOS

Mi camino para llegar a la historia pasó primero por las enseñanzas del derecho, lo que nunca he deplorado; la formación jurídica seria, estructurada, hace ver las cosas con cierta profundidad, y nunca me he arrepentido de ese aprendizaje...; se puede decir que mi nacimiento a la historia vino a través de los cursos de derecho constitucional (seguí los de Narciso Bassols, Hilario Medina, Vicente Peniche López) y más tarde del estudio de las instituciones en España.

Primero estudié en Yucatán; después en la Universidad Nacional, en la ciudad de México, en la que en mi tiempo se llamaba todavía Escuela de Derecho; y de ahí salí en 1931, con una beca española, para Madrid. Allí, en la Facultad de Derecho, estaba la gran figura de Rafael Altamira, eminente jurista, pedagogo, literato, filósofo, y a quien además le gustaba el arte; por eso hizo su gran contribución a la historia de la civilización española, y como su cátedra era de derecho indiano, de las instituciones de América, naturalmente quienes estudiábamos derecho, procedentes de América, de Filipinas y de España misma, convivíamos y nos formamos en ese ambiente. Don Rafael era también, no hay que olvidarlo, juez de la Corte Internacional de La Haya. En su formación en derecho había trabajado con Eduardo Hinojosa, Joaquín Costa y otros historiadores medievalistas de España.

Yo aprendí mucho allá; fue, se puede decir, el comienzo de mi vida de historiador; y cuando me tocó escoger el tema de la tesis de doctorado, estaba bajo dos influencias diversas: una, de un puro y muy reputado jurista, especialista en derecho inmobiliario, hipotecas y todo eso, don Jerónimo González; y la otra, la de don Rafael Altamira, con su historia de la civilización

y sus proyecciones sobre el continente americano. Tuve que luchar mucho para decidir, porque don Jerónimo decía que yo servía para estudiar el derecho hipotecario, y era el juicio de un gran conocedor de la materia; me hizo trabajar, le presenté una tesis de maestría que se llama "El tercero en el registro mexicano" (los derechos del tercero en los juicios hipotecarios); le gustó, quería enviarme a Alemania a continuar esos trabajos; él tenía una formación germánica, como tanta gente importante de España en esa época, y le parecía que era un buen camino. Pero don Rafael tenía además mucha ascendencia personal, mucho atractivo; era un hombre bueno y sabio, y me captó. Ahí vinieron los recuerdos de Yucatán, porque yo tenía un tío notabilísimo en la península que se llamaba don Gonzalo Cámara Zavala, íntimo amigo de don Rafael Altamira, y un día don Rafael, que era muy generoso, le escribió una carta diciéndole: "Tengo a su sobrino aquí; está destacando en el grupo de mis estudiantes, creo que puede hacer mucho en el campo de la historia de América". Mi familia me lo comunicó en seguida; bueno, yo di las gracias. Pero esto no fue lo único que me decidió a escoger la ruta, sino el deseo que tenía de trabajar sobre la historia de las instituciones en América, apoyándome en el conocimiento de las de España, y así salió mi tesis, que luego se publicó con el nombre de *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (estudio histórico-jurídico)*.¹ El interés de Altamira por esta tesis se debía a que respondía a una concepción económica de la historia, a saber, ¿quiénes pagaron la Conquista? Esto le parecía original, y así me lo dijo y lo escribió en el prólogo.

Recuerdo que también en esos primeros tiempos, cuando iba entrando por el largo camino del estudio de la historia de América, salió mi artículo (que por cierto en 1991 fue reeditado por el Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria) acerca de las conquistas de Canarias y América, publicado primero en la revista *Tierra Firme* de Madrid; es un estudio comparativo, porque la gente no siempre recuerda que, cuando salió Colón a sus viajes transoceánicos, recaló en el archipiélago de las Canarias, cuya conquista no había terminado al iniciarse la de las islas antillanas. Ese vínculo cronológico ayuda a comprender la conexión que se establece a través del océano. Me decía recientemente el secretario de la Academia de la Historia de Madrid que a él le había importado mucho este artículo. Son dos estudios, digamos, originales, para empezar una labor muy larga. Yo anunciaba en *Los intereses...* que estaba preparando otros trabajos más amplios, y así fue, porque cuando terminó mi trabajo en la cátedra de Altamira, ya doctorado, me atrajo el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que tenía mucha fuerza en lingüística, en historia medieval, en historiografía, y contaba con una excelente biblioteca, métodos de trabajo a la altura de los de cualquier país europeo

¹ Primera ed., Madrid, 1933; 2a. ed., México, UNAM, 1964; 3a. ed., México, El Colegio Nacional, 1991.

de la época, y figuras como Ramón Menéndez Pidal (que había escrito *La España del Cid*); Américo Castro, con *El pensamiento de Cervantes*; Claudio Sánchez Albornoz, con su extensa labor acerca de las instituciones medievales...; estaba también Benito Sánchez Alonso, con sus valiosos trabajos de bibliografía e historiografía española.

III. ESPAÑA, FRANCIA Y MÉXICO

Después de mis primeros ensayos, que la gente encontró originales y le parecía que servían para algo, publiqué en 1935, en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, los dos primeros libros amplios de los que soy autor, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América y La encomienda indiana*. Son libros que se consideran fruto de una manera de ver, de un esfuerzo intenso, quizás de una cierta honestidad en el trabajo (no es malo que el historiador tenga esta cualidad, si puede). Después publiqué *El mundo americano en la época colonial*,² con un sustancioso suplemento bibliográfico de 936 fichas, muchas de ellas descriptivas y comentadas, que reeditó en 1992 el Instituto Panamericano de Geografía e Historia; son veinte años de fichas agregadas. Me decía el padre Miguel Batllori —que tenía mucha responsabilidad en la biblioteca de la Compañía de Jesús en Roma— que cuando a él se le acercaban jóvenes investigadores les decía: "Empiecen con *El mundo americano...* y después hablaremos de qué camino quieren ustedes seguir". Se trata de un esfuerzo de síntesis apoyado en aportaciones colectivas anteriores que abarcan desde Canadá hasta Argentina, con todas sus variantes, para ofrecer una visión de conjunto de esta parte del mundo y de sus conexiones con Europa, África y Asia.

En Madrid estaba como en mi casa, pues el idioma es el mismo, son similares las costumbres, las ideas, los sentimientos, las tradiciones, de suerte que este periodo español fue importante para mí por la formación y también por la índole de mis trabajos. Yo estaba estudiando la llegada de los europeos al Nuevo Mundo, claro está que tenía que saber de dónde procedían, quiénes eran, cómo vivían. Ha influido mucho en mi labor esa formación española para estudiar la historia europea del Nuevo Mundo, porque se trata de una época muy larga, muy importante y muy mal trabajada en general.

Durante los inicios de la guerra civil los españoles eran tolerantes; algunos sabios, como Américo Castro, me decían: "Bueno, nosotros vemos que usted aquí está haciendo trabajos valiosos. En cuanto le convenga y quiera, pues sígalos; en cuanto quiera regresar a su país, regrese". Era una posición correcta de parte de ellos.

² Primera ed., México, Porrúa, 2 vols., xxviii+643 y 671 pp., 1968; 2a. ed. en facsímil, 1990.

Claro que me tocó el fin de la Segunda República; el otro día recordaba que debía ir a la Biblioteca Nacional de Madrid, al Fondo de Manuscritos, para proseguir los trabajos que había iniciado sobre Vasco de Quiroga —su información en derecho de 1535 manuscrita está allá— y leyéndola vi cómo decía que se inspiró en Tomás Moro para fundar sus hospitales-pueblos de Santa Fe. Por eso cuando regresé a México en 1937, una de mis primeras publicaciones fue *La utopía de Tomás Moro en la Nueva España*,³ que es la explicación del ideario social de Vasco de Quiroga y de sus grandes trabajos en defensa de los indígenas, primero como oidor de la Audiencia de México, luego como obispo de Michoacán. Andaba en los últimos toques de ese trabajo; salía de la Biblioteca y muchas veces por la tarde, en La Castellana, se cruzaban disparos en la propia ciudad de Madrid. Otras tardes iba al Centro de Estudios Históricos, y del frente del Guadarrama veía bajar a los heridos, hombres jóvenes que habían sido enviados a combatir con las tropas de Franco; volvían en brazos de los camilleros, lívidos por haber perdido mucha sangre, para ingresar en las clínicas situadas en ese barrio. Ése era el Madrid que por fin yo dejé; en un tren de los últimos, si no es que el último, que pudo llegar a Valencia, porque los franquistas iban a cortar las vías de comunicación. De Valencia, que era el asiento del gobierno republicano, pasé a Barcelona. El espectáculo de esta ciudad jamás lo olvidaré: parte del centro estaba devastado; quemados sus conventos, expulsadas las monjas de sus claustros, los hoteles ocupados por los milicianos con sus armas al brazo; ahí comían y dormían; el gobierno republicano carecía de fuerza; si uno quería un papel de salida de España, era necesario acudir al edificio incautado por los anarco-sindicalistas que daban el sello porque el de la república no valía sin el otro; era tediosa la espera en esas colas interminables. Uno veía volver a las partidas que habían salido por la noche a matar gente, a coger todo lo que encontraban en las casas: vajillas, muebles, pinturas; los familiares ansiosos preguntaban por los desaparecidos; ése fue el espectáculo que a mí me tocó ver en Barcelona: espantoso.

Por ser mexicano me dejaron cruzar hasta Francia, por Perpiñán, y ¿qué veo allá? A unos kilómetros de esa frontera incendiada, el ejército francés de ese momento (era el año de 1937), haciendo maniobras, porque se corrían ya amenazas sobre Francia. Pero ¡qué ejército! Bien comido, bien bebido, bien vestido, contento. Habían ido a hacer ejercicios nada más. Lo que me impresionó mucho, en ese tiempo social del que hablamos, es que cuando se incendia una casa, la del vecino está en peligro, y nunca lo he visto más claro: ese malestar del tren español y el bienestar del tren francés ofrecían un contraste tremendo. ¿Qué es una frontera? Por acá el hundimiento, el incendio, la devastación, la muerte; un poco más allá la civilización, el bienestar, el gus-

to por la vida. Pero ¿es posible eso a pocos kilómetros de distancia? Luego vi que no era posible; Francia se vio envuelta en el conflicto, que empezó con la llegada de las tropas alemanas y de sus aviones sobre Guernica (España), de las de Mussolini, de las fuerzas auxiliares moras que acudieron en ayuda de las franquistas. Vino el repliegue diplomático de los aliados, la anuencia inglesa a esa barbarie que azotaba a España, y finalmente Francia cayó en su guerra, su ocupación y su desastre.

Ése fue el segundo contacto con Francia. Había estado yo en el país en otro viaje corto, pero no en estas circunstancias de las que hablamos. Francia, en mi tiempo social, cuenta mucho: la he visto de rodillas, la he visto levantarse, la he visto entera ya, en el tiempo del general De Gaulle, y lo que yo no sabía es que iba a pasar nueve años (1966-1975) como embajador de México allá; quién me podía decir a mí que ése iba a ser el curso de mi vida;⁴ sin saberlo, tal vez la vida me venía preparando para ello. No podía preverlo, pero así fue. En el caso español, conocía esa España de la república llena de esperanzas, con buenas intenciones, con gente tan valiosa en todos los campos, tratando de levantar un país moderno y democratizado; pero sobrevino la caída estrepitosa de todas esas esperanzas, el desastre terrible que fue esa guerra civil; para volver a México, en 1937, crucé todavía el océano en un barco que salía de Saint Nazaire, que se llamaba *Le Mexique*; poco después ese barco fue hundido por los alemanes. Después vino el exilio doloroso de la gente española, por el triunfo militar del régimen de Franco; se van a Francia, al África del norte. Por fin, gracias a la visión y a la generosidad del régimen mexicano del general Lázaro Cárdenas, se les abren las puertas de nuestro país; vienen aquí muchos compañeros y amigos míos de la época española. Llegaron y, claro, yo debía hacer todo lo posible por ayudarlos; lo procuré en la Casa de España, con Alfonso Reyes; en El Colegio de México, con el mismo Reyes y Daniel Cosío Villegas. De modo que ese capítulo español —transferrado como decía José Gaos— fue largo y significativo en mi vida.

Muchos están sepultados en nuestros cementerios, entre ellos mi maestro Rafael Altamira, que murió aquí a los ochenta y tantos años. Trabajó hasta el fin; hay publicaciones suyas de la última etapa, como su famoso *Felipe II*, dado a conocer por la Universidad; sus estudios de derecho indiano los publicó el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en el que yo trabajaba en muchas cosas con la *Revista de Historia de América*.⁵ En ella aparecieron sus cedularios. Son trabajos de envergadura que han sido reeditados, y tienen vida todavía.

Bien, acaba esa etapa de la recepción de los transferrados. Su venida hizo mucho bien. Y ¿quién me iba a decir a mí que cuando estuviese en París —el

⁴ Antes, de 1956 a 1963, Silvio Zavala fue delegado permanente de México ante la UNESCO, en París.

⁵ Silvio Zavala la fundó en 1938 y la dirigió hasta 1965.

³ México, Robredo-Porrúa, 1937, ix+60 pp.

gobierno de México en esa época no reconocía al gobierno de Franco sino al gobierno de la república en el exilio, y este último tenía constante actividad en Francia— diplomáticamente tendría yo contactos con ellos? Así que hasta el final de la desaparición de la república yo estuve en contacto con el exilio español. Formaba parte de mi quehacer habitual.

Conocí a no pocos de esos españoles desde mi estancia en España; a otros —porque la emigración fue muy grande— cuando vinieron a México, y después los traté aquí. Procuré, en la medida en que estuvo a mi alcance, ayudarlos a insertarse en la vida de México. En un sillón de mi casa vino a sentarse José Gaos, y en otro sillón José Medina Echavarría; la plática que tuvimos fue ésta: “Ustedes están en México, haciendo mucho bien; hay mexicanos jóvenes que ya están en contacto con sus enseñanzas...” Pero yo les decía: “Suponiendo que ustedes puedan volver a Europa, están en su derecho de hacerlo. ¿Qué nos va a quedar a nosotros los mexicanos del paso de ustedes por acá?” La Casa de España y la primera etapa de El Colegio de México se concebían como puntos de apoyo para que ellos sobrevivieran y trabajaran y que no se desviarán de lo que sabían hacer, pero la pregunta era ¿qué va a dejar esto a México? Ustedes vienen como una ola... se van... Aquí es donde se incubó la idea que yo traía, por la experiencia en España, de la formación de los investigadores en los centros de trabajo de El Colegio de México. ¿Por qué? Porque a esos centros iban a venir los becarios mexicanos y los de otros países; se les iba a formar después de varios años de trabajo. Eso es Luis González, eso es María del Carmen Velázquez, eso es Ernesto de la Torre; eso fue Susana Uribe, que por su amor a los libros fundó la biblioteca de El Colegio; eso es el caso hispano-mexicano de Carlos Bosch-García, y eso es Bertha Ulloa. Eso fueron también Julio Le Riverend, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Luis Muro, Eduardo Arcila Farías, entre otros. Al recordar me pasa que nunca hablo de ello, pero la idea de los centros nació aquí, en este lugar, se la explicamos a don Alfonso Reyes. Él decía: “Yo no quiero formar escuelitas, yo quiero trabajar con adultos”. Sin embargo, le gustó luego el trato con los alumnos inteligentes y formados. Cosío, con más sentido pedagógico, respondía: “Bueno, se puede estudiar”, y ayudó a la constitución de los centros. Así nació en 1941 el primero de ellos, que fue el Centro de Estudios Históricos, y después vinieron los otros. En la vida que me ha tocado he realizado otras actividades, además de las de investigación y enseñanza. Están las influencias que uno ejerce en los centros de trabajo... pienso que tal vez la idea fue fecunda.

Hace poco, cuando se recordaban los 50 años de la formación de ese Centro (1941-1991), fue oportuno que Luis González, con su talento y su buen humor, presentara un primer catálogo de los egresados, y no olvidó la presencia de los becarios extranjeros. Fue otra apertura que vino de mis experiencias anteriores: no limitar la formación a los mexicanos; abrírnos a los

hispanoamericanos; y para mí es tan valioso decir que tengo un discípulo mexicano de tanta valía como Luis González, como decirlo del cubano Julio Le Riverend, de la puertorriqueña Isabel Gutiérrez del Arroyo, del venezolano Eduardo Arcila Farías, del peruano Luis Muro; faros de primer orden en la historia actual salieron de aquí, se formaron en El Colegio, y ellos lo dicen y lo agradecen.

¿Cómo podía yo, si un compañero está trabajando en Perú, sentirlo ajeno cuando yo estoy trabajando la época hispana en México? Es imposible, entonces quizá fue algo de lo que traje a esta labor de formación; no tengo la memoria completa de mi vida, ni me ocupo mucho de ella; cuando converso con mentes como las de Peter Bakewell y Jean Meyer afloran a veces los recuerdos de aspectos de mis experiencias, y digo lo que viene al caso; pero cuando otras personas más jóvenes me dicen: “Vamos a acercarnos al mundo de la historia”, les deseo buena suerte si caminan bien dotados y formados por este mundo.

IV. FRANCIA

A Francia volví en 1947, con motivo de una invitación del Quai d'Orsay; por cierto, lo acababa yo de recordar hace poco, porque esa invitación me la hizo Louis Joxe, padre del ministro actual de la Defensa; yo lo quise mucho y él fue siempre generoso y benévolo conmigo. Por ese tiempo Francia tenía a Paul Rivet en el Museo del Hombre; al gran rector hispanista Jean Sarrailh en la Universidad de la Sorbona; a esa figura (con la que naturalmente tenía que entenderme) que era Marcel Bataillon, en el Colegio de Francia; él con su *Erasmus en España*, yo con mi *Tomás Moro* y mi *Vasco de Quiroga*, no podíamos trabajar sin entrar en íntimo contacto. Con personas así yo me sentí en casa; me comprendían, me ayudaban, yo en lo que podía les servía.

Durante los dos años que pasé en los Estados Unidos, con la beca Guggenheim, me tocó ir a la Huntington Library de San Marino, en California, y de pronto vi allá los papeles de Pedro de la Gasca, pacificador del Perú cuando la famosa guerra civil; el catálogo estaba hecho, yo le di a Marcel Bataillon la noticia de que eso existía, él pidió las fotocopias, hizo sus estudios, excelentes, y los expuso en El Colegio de Francia. Así se dieron profundos vínculos de trabajo intelectual; después he tenido otros contactos... François Chevalier, Jacques Lafaye, Claude Dumas, Frédéric Mauro, Jean-Pierre Berthe... tantas figuras valiosas del hispanismo y del hispanoamericanismo francés; todos estaban volviendo a hacer esa Francia grande.

En ese París recién liberado de la ocupación alemana, Fernand Braudel estaba preparando su tesis, se la dirigía Lucien Febvre. No era aún el famoso autor de *El Mediterráneo*, pero ya empezaba a asomarse a lo que después fue; me prestó libros, conversamos en particular sobre un temprano estudio que

dediqué a la moneda en el Paraguay hispano; era muy generoso. Lucien Febvre también lo era —y en sus ideas muy cortés, muy gentil—. De modo que entre las buenas amistades personales que pude establecer, después de la segunda Guerra Mundial, estaban estas dos grandes figuras. Marc Bloch había desaparecido, fusilado como resistente, en junio de 1944, por los alemanes. Seguía presente: todos lo recordábamos, lo honrábamos mucho, impresionados por esa vida tan trágicamente terminada, y sobre todo por su obra. La suya sí que fue una de esas que se llaman seminales. Marc Bloch era un talento extraordinario y tuvo un papel decisivo en la historiografía.

La llamada "Escuela de los Annales" (por el nombre de la revista fundada por Bloch y Febvre) se había caracterizado mucho por su afición a las estructuras sociales y económicas, a las series de precios, a la llamada "Historia cuantitativa". Claro, también le interesaban "las mentalidades" que tanto estudió Lucien Febvre desde su *L'incroyance au temps de Rabelais*, pero el auge de ellas estaba por venir, digamos, después de 1968. Por lo pronto, triunfaban las series estadísticas, los precios, la historia cuantitativa y estructural, las gráficas, el "pequeño hombre" y su vida cotidiana. Esos amigos de la VI Sección de la Escuela de Altos Estudios se burlaban mucho, en arrogante desafío, de la historia que llamaban de "la vieja escuela", de la "historia-batalla", de la "historia de los acontecimientos" ("*événementielle*"). No querían saber nada de los Estados, de las instituciones, de la política, de las guerras... Usaban algo de la terminología marxista para votar a favor de las "estructuras" contra la "superestructura".

Yo encontraba extraño que estas mentes francesas, tan lúcidas, siguieran apegadas a esta corriente dual de pensamiento cuando apenas acababa de pasar la segunda Guerra Mundial, cuando todavía no terminaban de digerir el enorme acontecimiento, con sus horribles eventos, entre ellos la muerte de Marc Bloch. Braudel había pasado seis años en Alemania, en un campo de prisioneros de guerra; Febvre, al hablarme de la caída de Francia, no podía contener las lágrimas, y creía en la traición. En ese año de 1947 la vida estaba tan impregnada de los acontecimientos, la sacudida había sido tan fuerte, que no podían hablar un cuarto de hora sin que asomaran todas estas cosas, y sin embargo, según ellos, todo ese torbellino que afectó sus vidas era pura "superestructura"...

Yo vi claramente esa contradicción, quizá por venir de ultramar y ser discípulo de un historiador de la civilización: Rafael Altamira. Él me enseñó a tener una concepción global y a no hacer esa dicotomía entre las bases económicas y sociales y el resto de la sociedad. Yo lo veía todo tan unido, tan influidas unas cosas por otras que, en el fondo, no compartía esa división de la historia lanzada por los *Annales* que iba a triunfar durante más de una generación en el mundo entero. Claro, ¿quién puede desconocer todo lo que esa escuela innovó, descubrió y señaló a la atención de los historiadores? Ten-

go la colección completa, desde el número 1, de los *Annales*; no creo que haya muchas en la ciudad de México.

Pero me parece que esos notables historiadores fueron parciales también, quizá porque a fines de los años veinte y en los treinta eran todavía jóvenes y tenían que abrirse paso frente a obstáculos y tradiciones poco favorables al cambio. Sus alumnos fueron más radicales aún, porque en las modas intelectuales triunfantes siempre hay algo de inclinación partidista.

Por lo pronto, la vida en 1947 estaba mostrando los lados incompletos de esa visión. Yo recuerdo tal como la vi a esa Francia que estaba apenas levantándose de la terrible ocupación alemana. No había leche, no había pan, no había comida, faltaban los transportes; todo estaba racionado, limitado y sujeto a la presentación de tarjetas. Era dura la situación en ese país devastado y succionado por el invasor. En medio de ese estado de crisis, entre tantas ruinas, me sorprendió una especie de renacimiento de la idea de la grandeza de Francia.

Esos franceses no querían sobrevivir sin algo más que los restos de su pasado. No, eso no bastaba; anhelaban rehacer una Francia completa que fuera grande, como lo había sido en otros tiempos; abierta a los contactos con el exterior; había que reanimar su enseñanza, su cultura, su ciencia, sus artes... Me gustó mucho esto porque si la gente, después de tanta pena, no mira a su país con tal esperanza, con esa ambición de que vuelva a ser lo que fue y que lo supere, no va a ser pronto un gran pueblo. Me sorprendió mucho también. Recordé una plática de José Ortega y Gasset acerca de una duquesa rusa en el exilio que conservaba un preciado medallón en el pecho, y cuando se lamentaba de su penuria y le aconsejaban que lo vendiera, ella rehusaba hacerlo porque el remedio debía venir con todo y el medallón anunciador de su rango.

V. HISTORIA Y CULTURA

Después de una vida como la mía, de viajes, de funciones, de experiencias, cuando llegué aquí ya retirado y me preguntaban que si había vuelto a México, yo solía decir que había vuelto a mis papeles y a mis libros que están en México. Hay una cierta diferencia. Es cierto que México no me deja, me envuelve. En formas inesperadas, que si el Quinto Centenario o la Diana Cazadora, que si esto o aquello, me toman tiempo y me mezclan en los problemas y en las cuestiones netamente mexicanas; nunca me niego a eso..., pero lo que yo quiero es estar aquí recluido, separado del mundo, acabar con estos ficheros, mire, ya van dos importantes, pues la Universidad de México, si cumple en su Instituto de Investigaciones Jurídicas con el encargo, tiene 20 años de fichas sobre la encomienda indiana; ojalá que salve todo el fichero que le di, lo están pasando en sus máquinas. El otro fichero ya logró pu-

blicarlo El Colegio Nacional en 1991 con el título de *Ensayo bibliográfico en torno de Vasco de Quiroga*, que es un repaso amplio del mundo del humanismo y de sus influencias en nuestra cultura.

Estuve 16 años en Francia y otros seis años en España. Claro, ya pasé de los 80 años, de suerte que hay mucho que repartir, pero son 25 años de Europa, no de viajes ni de idas y vueltas, sino de estancia en la vida europea.

Al responder a la pregunta de por qué en una vida como la mía dediqué tantos años a estar en el mirador francés, puedo responder que esa experiencia es valiosa, tiene uno alrededor la vida política, la vida internacional, los conciertos, las exposiciones, los sitios de visita. Se familiariza uno con los valores de Francia, y es agradable oír una noche a la orquesta de París, otra noche ir a un teatro de calidad a ver *El Cid* de Corneille, en fin, hay una serie de incentivos de la vida que están al alcance de quien reside allá. Por fortuna yo tenía la base para entenderlos. Y en cuanto a la sucesión política, llegué cuando gobernaba De Gaulle, luego vino Pompidou —a quien estimé mucho—, por fin Giscard, y entonces regresé. Haber conocido a estos hombres de cerca, haber entendido cómo trabajaban, tiene cierto significado en la vida de un hombre de América Latina.

Louis Joxe fue una gran figura; en el Quai d'Orsay dejó una huella honda; y bueno, ¿por qué me entendía yo con ellos?, quizá me ayudaba mi condición de yucateco. Porque Yucatán tiene una base firme de interés y de trabajo con la cultura francesa; ya expliqué que muy joven entré en contacto con esto, así que, curiosamente, este yucateco pasado por tantas aguas se llevaba bien con la gente francesa, la entendía, y ellos me toleraban; eso es lo que pasaba.

Para ejemplificarlo tengo uno de esos recuerdos que vienen de pronto. Llegó una comisión mexicana de alto nivel, encargada de confeccionar el programa de una visita presidencial o de algo por el estilo. El Quai d'Orsay nos acogió y nos puso una gran mesa; estaban todos los franceses correspondientes a los miembros del grupo mexicano, quienes tenían mucha calidad y una buena formación en la lengua y en la cultura francesa; después, cuando estábamos en la conversación, se asombraron los franceses de hallar ese nivel, y lo comentaron favorablemente: "No solemos recibir comisiones con estas cualidades; saben todo de nosotros, y en cuanto al embajador Zavala, no sabemos en cuál de los lados de la mesa colocarlo..." Decir eso en el Quai d'Orsay era mucho decir como posibilidad de trabajo cordial.

Es verdad que conocí la España de José Ortega y Gasset, filósofo formado en Alemania, como tantas gentes, y si España tenía la idea de seguir los modelos alemanes era porque los consideraba los más altos en Europa. En contacto con ellos, muchos españoles pasaron por la experiencia alemana; entonces los jóvenes, claro, seguían el ejemplo de los anteriores, y la Junta para Ampliación de Estudios con todo gusto les daba las becas para ir a Alemania.

En cambio, no pensaban en enviarlos a Iberoamérica. Fue Altamira quien quiso corregir eso y también la tendencia germanófila en la política; él era aliadófilo, y en la guerra de 1914 ya se destacaba en la defensa de los aliados. Ahora bien, ¿qué pasó después en México con la emigración? Vino gente como Eugenio Imaz, con profunda formación alemana, y para ellos lo más natural era dárnosla a conocer; el *Dilthey*, en ocho tomos, al cuidado de Imaz, es una obra fundamental e inmensa. Cuando yo fui a Francia, una de las quejas de Febvre y Braudel era que el Fondo de Cultura Económica no publicaba libros franceses. Decían que todos los estaban traduciendo del alemán o del inglés, y algo influí también en esa corrección: el *Erasmus* de Bataillon, admirablemente traducido y editado por Antonio Alatorre; los libros de Jean Sarrailh, de Fernand Braudel, etc. Nunca dejé de recomendar aquello que Francia producía de buena calidad. Era el ejemplo de mi maestro Altamira. Él sostenía que no había que cegarse y seguir sólo a los alemanes; si venía algo valioso de Italia, había que acogerlo, como se hizo aquí con las obras de Antonello Gerbi; lo mismo si llegaba algo útil de Inglaterra, según se hizo con la *Historia social de Inglaterra* de George Macaulay Trevelyan. Algo se pudo reflejar en los resultados, y ahora el catálogo del Fondo es bastante equilibrado en cuanto a las nacionalidades de los autores traducidos.

Wenceslao Roces murió con libros alemanes en la mano. Yo tuve que aprender la lengua alemana en España, pues sin ella ningún estudiante que tuviera alguna aspiración podía sobrevivir: era indispensable, pero tuve la suerte de trabajar al mismo tiempo con el italiano. Me he defendido un poco de la concentración unilateral especializada; mi vida misma es abierta.

Fue en Madrid, en los años treinta, cuando Lewis Hanke visitó el Centro de Estudios Históricos, y después ha participado en todo género de empresas. Por ejemplo, existe la reunión periódica de historiadores de los Estados Unidos y de México; la organizamos Hanke y yo por primera vez en Monterrey: somos los fundadores de ese movimiento.

Es agradable, en algunas cosas que uno hace, apreciar los resultados de conjunto. Cuando la *Revista de Historia de América* llegó al número 100 impresionó algo. Ya dije que la fundé en 1938, y aunque ya no la hago, me satisface ver que continúa, con sus índices y anexos. Es un surco de los que a veces se abren en el campo y muestran ser fecundos.

Algunas veces me han preguntado respecto a la obra *El mundo americano en la época colonial*; ¿por qué me fijé en todo ese grupo de pueblos europeos que vienen a América y se extienden desde Canadá hasta Argentina por el Caribe, etc.? Bueno, pues es una idea alemana, porque Leopold von Ranke, que tiene más influencia sobre mí de lo que parece, percibió la historia europea de las nacionalidades, y le atrajeron aquellas épocas en que todo ese grupo heterogéneo de pueblos europeos salió hacia determinadas empresas

paralelas, a veces hasta dando lugar a conflictos, pero se mueve como una corriente general. Él se fijó en las cruzadas, en la expansión ultramarina. Yo aconsejaría mucho que alguien trabajase este pensamiento de Ranke de una civilización europea heterogénea, pero que, de pronto, se mueva en determinadas direcciones análogas. *El mundo americano en la época colonial* es eso, según se ve en otro estudio anterior al mío, el del alemán formidable Georg Friederici sobre el descubrimiento (bien llamado, a mi juicio) y la conquista europea de América.⁶

Friederici es importante, yo tengo su obra completa, y me han servido mucho esas visiones tan amplias que atraen a veces al espíritu alemán y que a todos nos sirven y nos impresionan. Últimamente, en estos tiempos de torpezas en torno del Quinto Centenario de 1492, trajeron al Museo Franz Mayer una lindísima exposición de libros escogidos en los mejores centros alemanes, relativos al tema de la salida europea en ese momento; una especie de homenaje a Colón, precioso trabajo. Entonces yo escribí que al verla me acordaba de los buenos tiempos de la ciencia alemana y que me gustaba mucho que junto a tantas palabras sin valor, frustradas, sectarias, falsas, etc., se hiciera presente otra vez una manifestación alemana en este campo, al cual sus autores han hecho contribuciones tan perdurables como las de Alejandro von Humboldt, que ha sido llamado el "segundo descubridor de América".

VI. EL HISTORIADOR

El historiador tiene una vida personal, pero también está la vida social que lo rodea. A mí me tocó la guerra de Franco en España, la guerra civil; de modo que viví todo el ciclo de la República: su nacimiento, su florecimiento, su caída; después viví la segunda Guerra Mundial. Ese ambiente no lo escoge uno, es el mundo el que se lo da, aquel en el que le toca a uno vivir; yo he llamado a esas circunstancias "el tiempo social del historiador", que se combina con el tiempo personal. Y todavía hay una tercera dimensión, la del historiador que está en un presente y tiene que mirar al pasado que escoge para dialogar con los muertos. Ahora muchos estudian la historia contemporánea, pero lo normal es que el historiador entre en relación con el tiempo pasado, lo cual le da esa tercera dimensión temporal. Yo estoy convencido —hasta donde lo he podido ver— de que es allá donde está la médula de nuestro oficio: estamos viviendo en un presente, somos como somos por la persona, las circunstancias, y por el tiempo social que nos toca, pero escogemos mirar algo hacia atrás. En ese diálogo entre el presente y el pasado

⁶ Tres volúmenes publicados originalmente en Stuttgart-Gotha, 1925-1936, y cuya traducción al español por Wenceslao Roces (vol. I) y Angelika Scherp (vols. II y III), se publicó en México, FCE, 1973-1987-1988.

es donde se prueba al historiador, para saber, en primer lugar, si sirve para estudiar la historia, y después cómo lo hace, qué logra dejar su obra como legado: ésa es la médula de toda la cuestión.

En la experiencia vital de un historiador ya viejo, puedo distinguir tres etapas. La primera, de nacimiento de la vocación y la formación para ejercerla, es muy grata cuando tiene uno la suerte de estar en ambientes apropiados, con profesores de calidad, bibliotecas y archivos valiosos, y comienza la familiaridad con los temas que se van a desarrollar.

Pero le pasa al historiador que llega una segunda etapa en la cual la gente advierte que hay una persona formada, con tales o cuales cualidades de trabajo, y empiezan a acumularle funciones sociales, como ser director de esto, profesor de aquello, participante en tal proyecto internacional, etc. Es decir, las múltiples obligaciones que recaen sobre el investigador ya maduro no son las de la producción personal de sus obras, sino las que la sociedad le encomienda como deberes colectivos de esta época. No me he negado, si se estudia mi carrera, a desempeñar esas funciones sociales anexas; mas en todo tiempo, aun en los más apretados, no corté el hilito inicial del investigador y, a pesar de las muchas interrupciones, seguí leyendo y escribiendo todo lo posible.

Luego viene el tercer tiempo, que es el del retiro. Ya el mundo exterior debe pesar menos, hay que pagar la última deuda con ese regreso a los papeles y a los libros, a una edad en que las solicitudes sociales normalmente disminuyen. Este tiempo puede ser muy fecundo: llevo ya 15 años inmerso en él, y si se ve lo que ha salido, tal vez pueda estimarse que, aun con la vida corta que me queda, se va a perder menos conforme logre sacar estos suplementos, estas comunicaciones de la información que tengo. Claro, al momento del fallecimiento todavía se perderá alguna parte, pero no tanto como lo que he acumulado aquí desde hace 15 años.

Así percibo estas tres etapas en la vida del estudioso, y en la extrema vejez me parece aconsejable distinguirlas, procurando retratar cada una de ellas de la mejor manera posible.

México, D. F., 28 de mayo de 1992

[Versión editada, 1994]

ZAVALA, SILVIO

Historiador mexicano.

Fecha de nacimiento: 1909 (Mérida, Yucatán).

ESTUDIOS

Estudió en la Universidad del Sureste y en la UNAM.

Doctor en derecho por la Universidad Central de Madrid (1931).

TRABAJO PROFESIONAL

Vocal por México del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Profesor honorario de la cátedra de Historia de México en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo.

Profesor honorario del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Texas.

Director del Museo Nacional de Historia.

Jefe de la Sección de Educación, Ciencia y Cultura en la ONU.

Fue miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM (de 1949 a 1956).

Fundó y dirigió el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (1940-1956).

Presidió El Colegio de México de 1963 a 1966. Es profesor emérito del mismo.

Colaborador de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de Madrid (1933-1936).

Secretario del Museo Nacional de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1947-1965).

Presidente del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas (París, 1965-1971).

TRABAJO DIPLOMÁTICO

Delegado permanente de México (1956-1963) y miembro del Consejo Consultivo de la UNESCO (1960-1966).

Embajador de México en Francia (de 1966 a 1975).

PREMIOS Y MENCIONES ESPECIALES

Becado por la Fundación John Simon Guggenheim.

Becado por la Fundación Rockefeller.

Premio Nacional de Letras 1969.

Presea Vasco de Quiroga 1986.

Premio Rafael Heliodoro Valle 1988.

Medalla Eligio Ancona del gobierno de Yucatán.
Palmas Académicas de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México.

Premio Príncipe de Asturias 1993.

Miembro de la Sociedad de Historia de Argentina, Instituto San Martiniano.

Miembro del Instituto del Derecho Argentino.

Miembro del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.

Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Miembro de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica.

Miembro de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

Miembro de la Academia de Ciencias Históricas de Monterrey, Nuevo León.

Miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Miembro del Patronato de la revista *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations* de París.

Miembro nacional, por México, de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano.

Miembro de la Academy of American Franciscan History de Washington.

Miembro de El Colegio Nacional, de México.

Miembro del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México.

Miembro de la Academia Mexicana de la Historia.

Académico de la Academia Nacional de Historia y Geografía de México.

Académico correspondiente de la Academia Nacional de la Historia Argentina, de la Academia Chilena de la Historia, de la Academia de Historia de Cuba y de la Academia Nacional de Historia de Venezuela.

Vicepresidente de honor, International Council of Museums.

TRABAJO EDITORIAL

Fundador y director de la *Revista de Historia de América*.

Director de la Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas.

PRINCIPALES OBRAS

La encomienda indiana, Madrid, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos (Sección Hispanoamericana, 2), 1935, 356 pp.

Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España, 8 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1939.

De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América española, México, Antigua Librería Robredo, 1940, 86 pp.

- La filosofía política en la conquista de América*, México, Fondo de Cultura Económica (Colección Tierra Firme, 27), 1947, 163 pp.
- Estudios indios*, México, El Colegio Nacional, 1948, 464 pp.
- América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, El Colegio Nacional (Biblioteca de El Colegio Nacional, 11), 1949, 314 pp.
- Aproximaciones a la historia de México*, México, Porrúa y Obregón (México y lo mexicano, 12), 1953, 160 pp.
- Hispanoamérica septentrional y media, periodo colonial*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Comisión de Historia, 48. Programa de Historia de América, 11, 3, publ. 150), 1953, 170 pp.
- El mundo americano en la época colonial*, 2 vols., México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 39-40), 1967.
- Los esclavos indios en la Nueva España*, México, El Colegio Nacional, 1968, 460 pp.
- Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, 2a. ed., México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 50), 1971, 621 pp.
- Orígenes de la colonización en el Río de la Plata*, México, El Colegio Nacional, 1977, 708 pp.
- El servicio personal de los indios en el Perú*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1978.
- El servicio personal de los indios en la Nueva España, 1576-1599*, México, El Colegio de México/El Colegio Nacional, 1984.
- Apuntes de historia nacional, 1808-1974*, México, El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica, 1990, 229 pp.

WOODROW BORAH

I

ME INTERESÉ en la historia de México cuando era estudiante en la universidad, pues crecí en el sur de California, con su fondo de cultura hispánica. Mis primeros contactos con historiadores mexicanos los tuve en 1938-1939 cuando disfruté de una estancia en México de 14 meses. En aquel entonces casi toda la vida cultural de la capital se concentraba en el centro de la ciudad. Investigué en el Archivo General de la Nación, en la Biblioteca Nacional y en varios depósitos de libros y documentos particulares. El doctor Edmundo O'Gorman me ayudó mucho y facilitó muchos de mis contactos con eruditos mexicanos de entonces. Me acuerdo muy bien de Federico Gómez de Orozco, Manuel Toussaint, Justino Fernández, y los demás del círculo que después dio origen al Instituto de Investigaciones Históricas y al Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Además, durante mis viajes por el interior de la república encontré muchos comerciantes, curas y demás, que me trataron con mucho cariño, a la vez que me enseñaban mucho de la vida mexicana. En el Palacio Nacional pude ver lo que sucedía en el Patio de Honor durante todo un año del gobierno del general Cárdenas. En el Archivo General de la Nación los empleados me informaban mucho acerca de lo que acontecía, con un trato amistoso y su generosa conversación.

Hasta el final del primer año de mis estudios de posgrado había mantenido la posibilidad de especializarme en historia europea medieval o en historia de América Latina, con particular atención en México. Al empezar el segundo año tuve que escoger y decidí en favor de la historia mexicana.

Mis relaciones con historiadores e instituciones de enseñanza e investigación en México, como en otras partes, siempre han sido de cooperación, de ayuda mutua, y de allegar los recursos necesarios para el buen entendimiento entre colegas. Cuando empecé mis estudios en México, el ambiente cultural del país había sufrido los daños de la Revolución. Durante el Porfiriato se había formado un grupo de investigadores y escritores que mantenían contacto con Europa en un alto nivel. Los trastornos de la Revolución rompieron muchos de estos lazos e impidieron la creación y distribución de los medios necesarios para formar la siguiente generación. Los sabios mexicanos que encontré en 1938-1939 eran hijos de hacendados venidos a menos o autodidactos hechos a fuerza de voluntad. Las ideas que entonces se tenían del mundo lejano a México eran a veces muy curiosas y con poco